

El ovario de los sueños. Mujer y posguerra en la narrativa de Josefina Plá

The Ovary of Dreams. Women and the post-war in the narrative of Josefina Plá

 ÁNGELES MATEO DEL PINO

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria
(Las Palmas de Gran Canaria, España)

angeles.mateo@ulpgc.es

Resumen: Esta investigación se centra en la producción narrativa de Josefina Plá (1903-1999), basada en un corpus constituido por los siguientes cuentos: “Jesús menino” (1965), “El canasto de Serapio” (1969-1980) y “Vaca retá” (1974), todos ellos recogidos en el volumen *La muralla robada* (1989). Los dos últimos inspirados en la *nouvelle* *Alguien muere en San Onofre de Cuarumí* (1984), escrita en colaboración con Ángel Pérez Pardella. El análisis se enfoca en aquellos textos que desde la ficción literaria dan cuenta de la participación de la mujer en la Guerra Guasú (1864-1870), que enfrentaría a Paraguay contra la Triple Alianza (Argentina, Brasil y Uruguay), en particular, la posguerra. Las personas que sobrevivieron al proceso bélico, en su mayoría mujeres, ancianos e infantes, se vieron obligadas a abandonar sus hogares, “estrategia de *tierra asolada*”, y a seguir los pasos del ejército en su retirada hacia el norte del país. Josefina Plá alude a este éxodo forzoso y a los años posteriores de la posguerra y cómo las mujeres luchaban por vivir y repoblar el país. De este modo, reivindica sus protagonismos como sujetos históricos en la lucha cotidiana de la supervivencia.

Palabras clave: Josefina Plá; Narrativa Paraguaya; Mujer; Guerra Guasú; Posguerra.

Abstract: This research focuses on the narrative production of Josefina Plá (1903-1999), based on a corpus consisting of the following stories: “Jesús menino” (1965), “El canasto de Serapio” (1969-1980) and “Vaca retá” (1974), all of them collected in the volume *La muralla robada* (1989). The latter two were inspired by the *nouvelle* *Alguien muere en San Onofre de Cuarumí* (1984), written in collaboration with Ángel Pérez Pardella. The analysis focuses on those texts which, in literary fiction, give an account of women’s participation in the Guasú War (1864-1870), which pitted Paraguay against the Triple Alliance (Argentina, Brazil and Uruguay), particularly in the post-war period. The people who survived the war, mostly women, the elderly and children, were forced to abandon

Recibido: 22 de abril de 2024; aceptado: 21 de agosto de 2024; publicado: 30 de septiembre de 2024.

Revista Historia Autónoma, 25(2024), pp.280-299.

e-ISSN: 2254-8726; <https://doi.org/10.15366/rha2024.25.010>



their homes, a “strategy of ravaged land”, and to follow in the footsteps of the army as it retreated towards the north of the country. Josefina Plá alludes to this forced exodus and the subsequent post-war years and how women struggled to live and repopulate the country. In this way, she vindicates their protagonism as historical subjects in the daily struggle for survival.

Keywords: Josefina Plá; Paraguayan Narrative; Women; Guasú War; post-war.

1. La narrativa de Josefina Plá

Uno de los motivos de los que más se lamentaba Josefina Plá (1903-1999)¹ era que su obra narrativa se hubiera dado a conocer a destiempo y, por lo tanto, esto evitó que pudiera ser ubicada en su corriente, en el contexto estético en el que nació. Sus primeros cuentos están fechados en 1926, aunque no aparecieron en volúmenes sino en revistas y diarios; los últimos en 1984, aunque los infantiles recorrerán la década de los noventa a través de periódicos y semanarios paraguayos. La publicación tardía de estos textos impidió su difusión, máxime cuando —con una excepción— se recogieron en formato libro en los años ochenta, muy alejados en el tiempo del momento en que fueron escritos: *La mano en la tierra* (1963), *El espejo y el canasto* (1981), *La pierna de Severina* (1983) y *La muralla robada* (1989). A esta época pertenece también la colección de cuentos infantiles *Maravillas de unas villas* (1988)².

Sin embargo, peor suerte ha corrido su única *nouvelle*, *Alguien muere en San Onofre de Cuarumí* (1984), escrita en colaboración con Ángel Pérez Pardella³ y con la ayuda de Lida Fernández Alder, quien contribuyó con el lenguaje, brindando modismos y giros del habla popular, en guaraní o en yopará. Esta obra no ha sido reeditada, ni forma parte de los *Cuentos completos* de Josefina Plá⁴, por lo que no ha recibido la atención crítica que se merece. No obstante, resulta curioso que un fragmento de ella —sin más datos que unas pinceladas sobre la autora— haya aparecido en septiembre de 2023, en la revista *Latin American Literature Today* (LALT), de la Universidad de Oklahoma, en el número 27 que contiene, entre otros materiales, un homenaje al poeta maya k'iche' Humberto Ak'abal (1952-2019) y una sección de Literatura Indígena⁵.

¹ Plá, Josefina, “Palabras de la autora”, en *El espejo y el canasto*, Asunción, Ediciones NAPA, 1981, p. 11.

² Plá, Josefina, *La mano en la tierra*, Asunción, Alcor, 1963; *El espejo y el canasto*, Asunción, Ediciones NAPA, 1981; *La pierna de Severina*, Asunción, El Lector, 1983; y *La muralla robada*, Asunción, Universidad Católica, 1989. Sus cuentos infantiles han sido recopilados en *Maravillas de unas villas*, Asunción, Casa de la Cultura, 1988; y póstumamente, también en *Los animales blancos y otros cuentos*, edición y estudio introductorio de Ángeles Mateo del Pino, Santiago de Chile, LOM Ediciones, 2002.

³ Ángel Pérez Pardella Luchessi (1927-2007), escritor argentino radicado en Paraguay, era un colaborador habitual de la revista masónica *Fraternus*. En este sentido, cabe mencionar su obra *Iluminación. Un gran arquitecto para una gran obra* (2006), en la que reflexiona sobre la ética, la moral y el esoterismo.

⁴ Plá, Josefina, *Cuentos completos*, edición de Miguel Ángel Fernández, Asunción, El Lector, 1996.

⁵ “Un fragmento de Alguien muere en San Onofre de Cuarumí”, en *Latin American Literature Today*, 27 (2023).

La narrativa es una de las maneras que Josefina Plá ha tenido para expresarse y en la que pone de relieve su idiosincrasia hispano-paraguaya y el compromiso con su tierra de destino. Al respecto, Adriano Irala Burgos sostiene que los cuentos son para él lo mejor de Josefina Plá, porque en ellos se advierte el poso “que la existencia fue dejando en la vida de esta escritora”, —y añade— sus personajes “le roban su ser, mejor dicho, lo prolongan”⁶. En las “Acotaciones temporales” que figuran en *La pierna de Severina*, la autora refiere que todos los cuentos tienen “su punto de arranque directo en la realidad de un día u otro”, lo que justifica que los denomine de “nacencia local” o “rebotes de vivencias locales”⁷. Vivencias que en su mayoría tienen rostro de mujer. No es de extrañar, en más de una ocasión ha confesado su particular interés por la mujer del ámbito paraguayo⁸, el deseo de “penetrar en su mundo, igual y distinto a la vez de los mundos de otros pueblos; como son iguales y distintas las auroras y atardeceres de cada tierra, aunque el sol es el mismo”⁹. De ahí que esta preferencia se haga también visible en sus investigaciones históricas, sociológicas y artísticas, recopiladas en volúmenes de diversas índoles, y a las que haremos mención a lo largo de este trabajo.

Renée Ferrer, en “La liberación de la mujer a través de la escritura”, anota que en la década de los ochenta las voces femeninas comienzan a hacerse sentir en la narrativa paraguaya “con gran fuerza y continuidad”, incluso realza la determinación de algunas escritoras a “revelarse” y “rebelarse”, aunque igualmente reconoce que con anterioridad “algunos textos de Josefina Plá pueden considerarse paradigmáticos de esta actitud de reivindicación de la mujer por medio de la palabra escrita”¹⁰. Conviene recordar que, de manera temprana, cuando nuestra autora tan solo había dado a conocer algunos cuentos en revistas y publicado un pequeño volumen con cuatro textos, *La mano en la tierra* (1963), Francisco Pérez-Maricevich reparó en que la narrativa de Josefina Plá gozaba de una perspicacia crítica, al interesarse en develar las condiciones existenciales de la mujer paraguaya, “denunciando en doloridas o atroces historias las silenciosas inmolaciones a las que es sometida por [l]a sociedad”¹¹.

En este sentido, subraya el aporte que con ello hacía a la literatura paraguaya de ficción: “la utilización de la anécdota como mero soporte o pretexto para la puesta en evidencia de determinadas fases tipológicas o anímico-espirituales de la mujer (y por refracción de la sociedad en que vive)”¹². Además, observa que cuando Josefina Plá incursiona en la recreación histórica o profundiza “en situaciones conflictivas de conciencia”¹³, en esos casos su escritura es tan afortunada como lo son las de Gabriel Casaccia y Augusto Roa Bastos, “en cuanto

⁶ Irala Burgos, Adriano, “Prólogo”, en Plá, Josefina, *Obras completas. Historia cultural*, vol. I, Asunción, Instituto de Cooperación Iberoamericana / RP Ediciones, 1992, p. XI.

⁷ Plá, Josefina, “Acotaciones temporales”, en *La pierna...*, op. cit., p. 5.

⁸ Plá, Josefina, “Palabras de la autora”, en *El espejo...*, op. cit., p. 9.

⁹ Plá, Josefina, “Liminar”, en *La muralla...*, op. cit., p. 6.

¹⁰ Ferrer, Renée, “La liberación de la mujer a través de la escritura”, en *América sin nombre*, 4 (2002), pp. 29-30.

¹¹ Pérez-Maricevich, Francisco, “La narrativa paraguaya de 1940 a la fecha”, en *Crónicas del Paraguay*, Buenos Aires, Jorge Álvarez Editor, 1969, p. 12.

¹² *Ibidem*.

¹³ *Ibidem*.

configuraciones estéticas sagazmente reveladoras de la condición humana manifiestas en las ocasionales circunstancias de este país”¹⁴. De este modo, se aúnan varios motivos, Paraguay, mujer e historia, he aquí las claves que nos guían en este trabajo. Por ello, para dar título a estas páginas, nos hemos servido de una imagen poética de Josefina Plá, quien en el poema “Estás lejos, me dicen”, perteneciente a *Follaje del tiempo* (1981), alude al “ovario de los sueños”¹⁵. Otra variante la encontramos en el cuento “Al salir el sol” (1950), incluido en *La pierna de Severina* (1983), cuando el personaje se adentra en un lugar ignoto, que define como “el ovario de los días”¹⁶. Ritmo primigenio compuesto de sueños y de días que remiten a Chronos y, en nuestro caso, a la historia paraguaya con nombre de mujer.

2. Guerra Guasú: historia y mujer

Josefina Plá en su producción remite constantemente a la historia paraguaya y al papel que en ella ha jugado la mujer, cifra imprescindible en la construcción y reconstrucción del país, “constructora de patria”¹⁷, “hacedora de historia”¹⁸, aunque no haya sido justamente valorada como sujeto histórico, más allá de que se haya recalcado su esforzado sacrificio como madre abnegada. Por esta razón, la escritora reivindica su protagonismo en los siguientes términos:

Esta es la mujer que sirvió del todo al español. La madre de los mancebos de la tierra: la fundadora del mestizaje. La mujer de la Residenta. La que reconstruyó la patria. La mujer que sembró y recogió cosechas durante la guerra del Chaco. [...] Que son sólo principio y parte de una epopeya increíble. Ahí está, tal cual nos la devuelve la historia, el tiempo, el hombre que de ella viene pero no va hacia ella sino para abusar de ella. La madre abandonada del hombre y hasta hace poco también de la ley; despojada de sus hijos en las guerras por la patria, pero también en las montoneras y las guerras internas fratricidas¹⁹.

Si bien es cierto que existen diversos cuentos de Josefina Plá referidos a la Colonia, a la Guerra del Chaco²⁰, incluso a la guerra civil paraguaya de 1947, nos interesa detenernos en aquellos cuyo *leitmotiv* resulta ser la Guerra Guasú o Guerra Grande, también conocida como

¹⁴ *Ibidem*.

¹⁵ Plá, Josefina, “Estás lejos, me dicen”, en *Follaje del tiempo*, Asunción, Ediciones Napa, 1981, p. 14.

¹⁶ Plá, Josefina, “Al salir el sol”, en *La pierna de..., op. cit.*, p. 149.

¹⁷ Plá, Josefina, *Algunas mujeres de la conquista*, Asunción, Asociación de la Mujer Española, 1985, p. 73.

¹⁸ Plá, Josefina, “Una opinión”, en Godoy Ziogas, Marilyn et al., *Pintadas por sí mismas. Historia de diez vidas*, Asunción, Intercontinental Editora, 1986, p. 10.

¹⁹ *Ibidem*, p. 7.

²⁰ Especial mención requiere *Los treinta mil ausentes (Elegía a los caídos del Chaco)* de Josefina Plá, que mereció el 1er. Premio en el concurso de poesía convocado en 1982 por Unión Club, con motivo de la celebración del cincuentenario de la defensa del Chaco. Esta obra, con ilustraciones de Carlos Colombino y prólogo de Hugo Rodríguez-Alcalá, fue publicada en Asunción, Arte Nuevo Editores, 1985.

Guerra contra la Triple Alianza, en particular la posguerra. Especial importancia cobra en este sentido la *nouvelle* *Alguien muere en San Onofre de Cuarumí*, escrita en colaboración con Ángel Pérez Pardella. En el “Preámbulo”, a cargo de Josefina Plá, se ofrecen unos datos que debemos tener en cuenta. Es la propia autora quien desde la primera línea deja constancia de que se trata más de un relato que de una novela y para ello argüirá más adelante que, “[s]i la novela es intriga, argumento, desenlace no previsto, las páginas que siguen no podrán nunca llamarse novela”²¹.

La escritura de esta obra se inicia en 1968, a partir de unas conversaciones sobre la posguerra del setenta mantenidas con Pérez Pardella. La elaboración del texto se hará de manera conjunta hasta 1972, siempre con la ayuda de Lida Fernández Alder, quien aportaba asistencia lingüística en guaraní o en yopará. Con algunas interrupciones, el texto adquiere una extensión considerable, lleno de múltiples peripecias transcurridas entre 1870 y 1912. Ya en la fase última, la colaboración se interrumpió, y entonces surge la idea de que la narración debía dividirse en etapas, lo que Josefina Plá calificó de “una especie de saga”²². Por este motivo, se dio un nuevo enfoque, sería más bien un relato con una secuencia de episodios, para lo cual se alteró la estructura, que en principio se había concebido de manera lineal. Al final, el texto se publicó en 1984, fechado en 1968-1974-1983, respetando las fases de creación. Aunque presenta algunas modificaciones en cuanto a detalles secundarios, estos no afectan al plan inicial ni al fondo narrativo:

Lo que queda es una narración sin otra lógica que la asociación de recuerdos en los actores de un pasado y en el cual se ha querido proyectar algo de lo que fue —especialmente para la mujer— la resurrección trabajosa de un pueblo tras la tragedia nacional²³.

Esta intrahistoria, sobre todo lo concerniente a la discontinuidad en la elaboración, nos permite comprender las coincidencias temáticas y anecdóticas que se reiteran en otros cuentos, cuyas datas de escritura se corresponden con las fechas anteriormente mencionadas. Esto sucede con los textos que comentaremos, y que la autora afirma haber concebido como una trilogía campesina, cuyo argumento deriva de la *nouvelle*²⁴: “El canasto de Serapio” (1969-1980) y “Vaca retá” (1974), el tercer miembro nunca se editó. Otro caso similar es el de “Jesús menino” (1965), cuya temática igualmente gira en torno a la posguerra de 1870, los otros dos cuentos que debieron acompañar tampoco hicieron acto de presencia. Todos ellos fueron recopilados bajo el epígrafe “Cuentos de la tierra” en el volumen *La muralla robada* (1989),

²¹ Plá, Josefina, “Preámbulo”, en Plá, Josefina y Ángel Pérez Pardella, *Alguien muere en San Onofre de Cuarumí*, Asunción, Zenda, 1984, p. 8.

²² *Ibidem*, p. 7.

²³ *Ibidem*, p. 8.

²⁴ Plá, Josefina, *La muralla...*, *op. cit.*, p. 5.

que reúne un compendio de textos inéditos cuyas escrituras abarcan un lapso de casi cuarenta años, de 1946 a 1984.

La Guerra Guasú y la derrota de 1870, calificada por Hugo Rodríguez-Alcalá de “trauma tan pavoroso que se puede definir como una suerte de catalepsia espiritual”²⁵, ha dado lugar a muchas páginas en las que se resalta la “gran epopeya”, la labor de generales y soldados y el protagonismo del mariscal Francisco Solano López, sin embargo, poca atención ha concitado el papel de las mujeres como sujetos durante dicho proceso y los años posteriores a él. Rosalba Antúnez de Dendia, en su ensayo “El ser femenino paraguayo en la literatura nacional, oral y escrita”, denuncia que al revisar la obra de autores representantes de la cultura dominante de la posguerra, entre ellos Manuel Domínguez (1868-1935), cuyos trabajos están dedicados a la problemática paraguaya, como se aprecia en *El alma de la raza* (1918), no encuentra en sus páginas ninguna meditación sobre la mujer. Además, añadirá que, siendo Domínguez un defensor de la causa lopista, resulta extraño que ni siquiera haya mencionado a la Residenta, “compañera de camino”, “[l]a que después aún tenía fuerzas para reconstruir la nación con su vientre generoso, dando vida con los pocos hombres restantes a los muchos niños que repoblaron estos despojos”²⁶.

No sucede lo mismo con los escritos que Rafael Barrett dedica a las mujeres en la primera década del siglo XX. Numerosos son los artículos que a este respecto recoge en su obra *El dolor paraguayo* (1911). Las imágenes se suceden unas tras otras a través de las páginas: “Las niñas tienen miradas serias y el reflejo de un pasado sobre su frente vacía” (“El mercado”) ²⁷. “Las mujeres del pueblo no tienen contradicciones en su carne ni en sus almas sencillas y robustas. [...] Vienen del insondable pasado y están impregnadas de verdad” (“Mujeres que pasan”) ²⁸. “He visto a las mujeres, las eternas viudas, las que aun guardan en sus entrañas maternas un resto de energía, caminar con sus niños a cuestas” (“Lo que he visto”) ²⁹. “Los que redujeron esta nación a un puñado de mujeres macilentas, no son, no pueden ser más que asesinos” (“Los trofeos”) ³⁰. No obstante, será en “Hogares heridos”, texto publicado en el semanario paraguayo *Rojo y Azul*, el 24 de noviembre de 1907, donde el retrato femenino cobra aún más vida y la furia del escritor se hace patente, instando a los legisladores a que respeten a sus mujeres:

El hogar paraguayo es una ruina que sangra: es un hogar sin padre. La guerra se llevó los padres y no los ha devuelto aún. Han quedado los machos errantes, aquellos que asaltaban los escombros con el cuchillo entre los dientes, después

²⁵ Rodríguez-Alcalá, Hugo, “Luis Alberto Sánchez y el Paraguay. *Historia de una incógnita*”, en *La incógnita del Paraguay y otros ensayos*, Asunción, Arte Nuevo Editores, 1987, p. 20.

²⁶ Antúnez de Dendia, Rosalba, “El ser femenino paraguayo en la literatura nacional, oral y escrita”, en Corvalán, Graziella (comp.), *Entre el silencio y la voz. Mujeres: actrices y autoras de una sociedad en cambio*, Asunción, Grupo de Estudios de la Mujer Paraguaya (GEMPA) / Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos (CPES), 1989, pp. 334-335.

²⁷ Barrett, Rafael, *El dolor paraguayo*, en *Obras Completas*, vol. I, edición de Francisco Corral, Santander, Ediciones Tantín, 2010, p. 211.

²⁸ *Ibidem*, p. 212.

²⁹ *Ibidem*, p. 249.

³⁰ *Ibidem*, p. 291.

de la catástrofe. Antes robaban, mataban, violaban, pasaban. Ahora, algo cambiado en su raza vil de horda, algo contagiados por la desesperación muda de las nobles mujeres que López arrastró descalzas en pos de las carretas y que al sobrevivir se entregaban a ellos, merodeadores repugnantes, para repoblar el desolado desierto de la patria, algo tocados de la apacible belleza del suelo, toman la hembra, engendran con la vida y el dolor, y pasan. Detrás, en los ranchos miserables, hay concubinas o viudas, pero madres al fin, que trabajan la tierra con sus huérfanos hijos a ellas abrazados en triste racimo. Jamás un aborto voluntario, jamás un infanticidio que otras madres hasta por caridad cometerían. Siempre abandonadas, pacientes, ignorantes y silenciosas, sienten en el fondo de su alma, como sintieron después de los años fatídicos, la necesidad de criar hombres, buenos o malos, de echar al mundo la probabilidad del triunfo. ¡Madres dolorosas, madres despojadas de toda vanidad y honor, de toda alegría, de todo adorno; madres de niños taciturnos, sombrías sembradoras del porvenir, sólo en vosotras está la esperanza; ¡sólo vosotras, sobre vuestros inclinados y doloridos hombros, sostenéis vuestro país!³¹.

En la “Introducción” a la obra *Residentas, destinadas y traidoras*, Guido Rodríguez Alcalá manifiesta desde el inicio que en el folklore local existe una idealización de la guerra, así como un culto romántico a la residenta, “heroica mujer del Paraguay que acompañó, pacientemente, al hombre en todos los infortunios de la guerra”³². En su trabajo va a demostrar que la realidad en verdad no fue favorable a tales idealizaciones, y que la ideología militarista oficial “prefiere ignorar que hubo [...] rebeliones de mujeres del pueblo durante la guerra, [...] no persuadidas de las ventajas de morir por la patria”³³. Por esta razón, asegura que “las voces de cordura que se hicieron sentir [...] fueron las de las mujeres del pueblo, hartas del heroísmo estúpido, y las de algunas mujeres de la clase alta”. Esto lo lleva a “revindicar la conducta de estas mujeres, ignoradas por el culto fascista de la guerra”³⁴.

Respecto a la Residenta, recuerda que la evacuación de Asunción fue ordenada por López bajo pena de muerte. El mariscal practicó la estrategia de tierra quemada, que Josefina Plá denomina de “tierra asolada”³⁵, por la cual todo territorio debía ser desalojado, y destruido lo que pudiera ser de utilidad al enemigo, cosechas y ganado incluidos. Las mujeres son así obligadas al éxodo. El crítico distingue entre ellas, por un lado, las agraciadas, cuyas familias mantenían buena relación con López; por otro, las traidoras, emparentadas con presos políticos y que, por tanto, debían ser castigadas, torturadas, violadas, fusiladas o enviadas a campamentos, como los de Yhú o Espadín³⁶.

³¹ *Ibidem*, p. 262.

³² Rodríguez Alcalá, Guido, “Introducción”, en Rodríguez Alcalá, Guido (comp.), *Residentas, destinadas y traidoras*, Asunción, Servilibro, 2007, p. 9.

³³ *Ibidem*, p. 11.

³⁴ *Ibidem*, pp. 23-24.

³⁵ Plá, Josefina, “Prosapia y magia del ñandutí”, en *Anuario de Estudios Atlánticos*, 26 (1980), pp. 625-626.

³⁶ Rodríguez Alcalá, Guido, “Introducción”, *op. cit.*, pp. 11-12.

Rodríguez Alcalá aporta datos extraídos de algunas mujeres que testimoniaron el conflicto, Silvia Cordal y Encarnación Bedoya, y de combatientes, tal es el caso del capitán Domingo A. Ortiz, quien en el informe que presentó al Ministerio de Relaciones Exteriores daba cuenta de lo que había visto en 1873 en Espadín, campamento para las destinadas, “que hoy llamaríamos campo de concentración”³⁷. En dicho documento se describe este espacio como una “horrible necrópolis”, donde reinaba el hambre y la miseria³⁸. Otro momento que corresponde mencionar, porque atañe a muchas mujeres consideradas traidoras, es lo que aconteció en San Fernando, adonde llegó López en marzo de 1868.

La conspiración de San Fernando, como se la conoce, dio lugar a interrogatorios, torturas y ejecuciones de quienes se creían que habían traicionado al mariscal, prácticas que luego se repitieron en Lomas Valentinas, donde igualmente se fusilaron a muchas mujeres³⁹. Efraím Cardozo recoge al respecto que “San Fernando fue centro de dantescas escenas. Los más crueles procedimientos inquisitoriales fueron aplicados por implacables fiscales, bajo la dirección de López, para arrancar las confesiones. No se permitió la defensa”⁴⁰. Estos episodios de represión, como apunta Guido Rodríguez Alcalá, no han sido negados ni siquiera por los revisionistas, aun cuando los han justificado “como cuestión de necesidad política”⁴¹.

Las mujeres que fueron obligadas a seguir la marcha del ejército no recibían ración alguna de este, por lo que estaban obligadas a vivir de las sobras de la soldadesca, o bien a obtener alimentos en el mercado negro o rebuscar comida donde fuera, incluso en el bosque⁴². De esta manera, las evacuaciones y el éxodo hicieron que muchas personas murieran de hambre. Conviene citar que —de nuevo traemos a colación las palabras de Rodríguez Alcalá—, en este sentido, las mujeres fueron explotadas como mano de obra gratuita, sin ningún derecho y con múltiples responsabilidades: cosechar, hilar el algodón, ocuparse de las estancias, cultivar, cocinar, lavar la ropa y prestar distintos servicios al ejército⁴³. En la misma línea se expresa Barbara Potthast, al destacar que en los campamentos el desempeño de las mujeres iba desde ser enfermeras, lavanderas y cocineras, a transportar material pesado, organizar y coordinar el trabajo, ayudar con el cumplimiento de las órdenes —del gobierno y de generales— y hasta animar bailes y fiestas conmemorativas⁴⁴. En la última etapa de la guerra, traidoras y residentes en marchas forzadas fueron dejando “el camino jalonado de cadáveres”⁴⁵.

³⁷ *Ibidem*, pp. 9-10.

³⁸ Barbara Potthast afirma que las mujeres, después de haberse comido los últimos caballos y las mulas, se alimentaron de hierbas y reptiles, no obstante, muchas fallecieron de agotamiento e inanición. *Vid.* Potthast, Barbara, “Algo más que heroínas. Varios roles y memorias femeninas de la Guerra de la Triple Alianza”, en *Diálogos. Revista do Departamento de História e do Programa de Pós-Graduação em História*, Vol. 10, 1 (2006), p. 98.

³⁹ Rodríguez Alcalá, Guido, “Introducción”, *op. cit.*, p. 15.

⁴⁰ Cardozo, Efraím, *Breve historia del Paraguay*, Asunción, El Lector, 1987, p. 16.

⁴¹ Rodríguez Alcalá, Guido, “Temas del autoritarismo”, en Bareiro, Line *et al.* (comps.), *Hacia una cultura para las democracias en el Paraguay*, Asunción, Dirección de Cultura de la Municipalidad de Asunción / University of Maryland, College Park / Centro de Documentación y Estudios (CDE), 1994, p. 79.

⁴² Rodríguez Alcalá, Guido, “Introducción”, *op. cit.*, p. 16.

⁴³ *Ibidem*, p. 19.

⁴⁴ Potthast, Barbara, “Algo más que heroínas...”, *op. cit.*, p. 93.

⁴⁵ Rodríguez Alcalá, Guido, “Introducción”, *op. cit.*, p. 27.

No es nuestra intención hacer mención de todos y cada uno de los momentos de esta campaña bélica que se inició en 1864, pero sí estimamos conveniente resaltar algunos episodios en los que las mujeres cobraron protagonismo, sobre todo en los últimos años de la contienda⁴⁶. Después de permanecer López en San Fernando, entre marzo y agosto de 1868, para frenar el avance aliado y posibilitar su retirada, se resistió en Humaitá, combates en los que lucharon también mujeres y niños, aunque al final la fortaleza debió ser evacuada. Al respecto, Héctor F. Decoud anota lo siguiente:

Sitiada Humaitá, el jefe de la plaza, viendo que las provisiones de boca se agotaban, mandó pasar al Chaco las 900 mujeres que se encontraban dentro, las cuales pertenecían a una partida de las que habían sido repasadas del norte del Arroyo Hondo. Estas mujeres, con sus criaturas y muchos ancianos y ancianas, siguieron la misma trayectoria del mariscal López, hasta San Fernando, de donde fueron internadas al norte del arroyo Pykysyry. Una mitad de toda esta gente murió en esta vía crucis de hambre, penurias y privaciones de todo género, desde que no tenían cómo alimentarse ni adquirir para sus ropas, pues, apenas habían podido sacar de sus casas solo lo que llevaban puesto. La otra mitad, que tuvo la suerte de sobrevivir, agregada a las poblaciones de Ñeembucú, y de las Villas Franca, Oliva y Villeta, fue remitida en dos grupos a Caacupé, a fin de que fuesen distribuidas en los departamentos circunvecinos de aquella parte de la Cordillera, con recomendación de que se ocupen de sembrar toda clase de legumbres⁴⁷.

López organiza un nuevo ejército en Azcurra, “formado con niños, ancianos, mutilados, heridos y mujeres, hasta 12.000 almas”⁴⁸. Después de la toma de Piribebuy, el 12 de agosto de 1869, abandona Azcurra y los brasileños se lanzaron a su persecución, aunque el 16 de agosto en Acosta Ñú fueron contenidos “por batallones de niños disfrazados con largas barbas y que se dejaron matar uno por uno”⁴⁹. Julio José Chiavenato relata esta batalla, en la que un total de 3.500 niños combatientes tuvieron la tarea de retardar a las tropas brasileñas, lo que posibilitó que el mariscal marchara hacia Cerro Corá:

Acosta Ñú es el símbolo más terrible de la crueldad de esa guerra: los niños de seis a ocho años, en el calor de la batalla, aterrados, se agarraban a las piernas de los soldados brasileños, llorando, pidiendo que no los matasen. Y eran degollados en el acto. Escondidas en las selvas próximas las madres observaban el desarrollo de la lucha. No pocas empuñaron las lanzas y llegaron a comandar grupos de niños en la resistencia. Finalmente, después de todo un día de lucha, los paraguayos fueron derrotados. Por la tarde, cuando las madres

⁴⁶ Guido Rodríguez Alcalá sostiene que para fines de 1865 el ejército paraguayo había perdido a gran parte de sus hombres, por lo que a partir de este momento la guerra para Paraguay toma un carácter defensivo. Véase “Introducción”, *op. cit.*, p. 13.

⁴⁷ Decoud, Héctor, *La masacre de Concepción*, en Rodríguez Alcalá, Guido, “Introducción”, *op. cit.*, pp. 17-18.

⁴⁸ Cardozo, Efraím, *Breve historia...*, *op. cit.*, p. 119.

⁴⁹ *Ibidem.*

vinieron a recoger a los niños heridos y enterrar los muertos, el conde d'Eu mandó incendiar la maleza. En la hoguera se veían niños heridos correr hasta caer víctimas de las llamas⁵⁰.

El gobierno provisorio asume el 15 de agosto de 1869, un triunvirato compuesto por Cirilo Antonio Rivarola, Carlos Loizaga y José Díaz de Bedoya, quienes adoptan la decisión de declarar a Francisco Solano López “asesino de su patria y enemigo del género humano”⁵¹. El mariscal, llevado por la furia de las derrotas, se volvió más iracundo. Según la información que recoge Efraím Cardozo, movido por meras confidencias ajusticiaba a sus jefes más fieles. No escapaban de su ira y ganas de venganza ni sus familiares. Su propia madre, Juana Pabla Carrillo, fue objeto de maltratos. Su hermano Venancio López fue torturado. Francisca —Pancha— Garmendia, quien al parecer había desairado a López en su juventud, fue ejecutada el 11 de diciembre de 1869, lo mismo que las hermanas Barrios y muchas damas de la antigua sociedad. Las principales familias de Villa Concepción fueron lanceadas, acusadas de haber establecido contacto con la escuadra brasileña⁵².

Asunción fue ocupada por los aliados en enero de 1869; en ese entonces, mujeres, ancianos e infantes morían de hambre en las calles. En la última campaña el ejército de López quedó “convertido en una legión de espectros”, e iba acompañado de las residentas: “sin víveres ni municiones, vestidos de harapos, hombres y mujeres iban detrás del mariscal”⁵³. La última batalla fue en Cerro Corá, donde muere Francisco Solano López el primer día de marzo de 1870, y con ello se pone fin a la guerra de Paraguay contra la Triple Alianza. Con todo, quedó un país destruido, cuya reconstrucción recayó sobre las mujeres, quienes —según Cardozo— “crearon un género de sociedad poligámica, revivencia forzada de las costumbres del siglo XVI, que permitió reponer rápidamente las pérdidas demográficas”⁵⁴. Como veremos a continuación, este motivo será recreado en la narrativa de Josefina Plá.

Terminado el conflicto bélico, en Paraguay se promulga la Constitución, que será jurada el 25 de noviembre de 1870, siendo presidente Cirilo Antonio Rivarola (1870-1871). A partir de este momento se sucedieron épocas de inestabilidades políticas, golpes de Estado y revoluciones, en las que desfilarán unos tras otros los gobernantes, hasta que asume Eduardo Schaerer Vera y Aragón (1912-1916), primer presidente paraguayo que logró culminar su período presidencial. Acaso por este motivo Josefina Plá prolonga la narración de *Alguien muere en San Onofre de Cuarumí* hasta aproximadamente 1912, cuando se logra un cierto equilibrio. Además,

⁵⁰ Chiavenato, Julio José, *Genocidio americano. La guerra del Paraguay*, Asunción, Carlos Schauman Editor, 1989, p. 179.

⁵¹ Cardozo, Efraím, *Breve historia...*, op. cit., p. 118.

⁵² *Ibidem*, p. 119.

⁵³ *Ibidem*, p. 120.

⁵⁴ *Ibidem*, p. 121.

recordemos que esta fecha coincide con el centenario de la Revolución de mayo de 1811, que daría lugar a la emancipación de Paraguay⁵⁵.

3. Mujeres: sujetos históricos

Ñanderú-Arandú, por la noche, destapó la vasija de arcilla. Color de tierra y agua, medialuna morena, se le apoyó en el pecho la durmiente temblando, y él yaciendo con ella la fecundó como un gran río que entra cantando en una selva gorjeante, hasta que poco a poco, ella quedó despierta y solitaria, y él inmóvil, al lado, con su inútil carbón de hombre quemado en su llama olorosa⁵⁶.

Una vez acabada la guerra quedó un país totalmente devastado, con un contingente humano muy disminuido. Se hace necesario comentar que no se maneja una única cifra a la hora de establecer la cuantía de la población paraguaya, ni antes ni después de la contienda, por lo que los datos varían considerablemente. Guido Rodríguez Alcalá estima que en 1864 Paraguay se acercaba a los 500.000 habitantes y para marzo de 1870 tendría unos 200.000, lo que implica la muerte del 60% de la población⁵⁷. Julio José Chiavenato apunta que antes de comenzar la guerra se contaba aproximadamente con 800.000 personas —50% hombres y 50% mujeres—, además, indica que, aun cuando hay estadísticas que afirman que se trataba de 1.300.000, tal y como recoge Efraím Cardozo⁵⁸, esto es muy improbable. Al terminar el proceso bélico quedaban 194.000 habitantes, de los cuales 14.000 eran hombres, de estos el setenta por ciento (9.800) eran niños de menos de diez años, y ciento ochenta mil eran mujeres. Según el cómputo de Chiavenato, durante la guerra murieron 220.000 mujeres y niñas⁵⁹. Josefina Plá señala que la población de Paraguay quedó reducida a una tercera parte, por lo que en la posguerra solo se contaba con 28.000 hombres útiles. El resto lo formaban mujeres, niñas y niños menores de catorce años y ancianos⁶⁰. Por su parte, María Victoria Benítez Martínez ofrece otros recuentos,

⁵⁵ Respecto al año de 1811 hay varios trabajos que cuestionan esta fecha como la de la “independencia”. Véase Tamayo Belda, Eduardo, “Historia e investigación de las relaciones entre España y Paraguay: un estado de la cuestión”, en Tamayo Belda, Eduardo (ed.), *Vínculos culturales entre España y Paraguay desde la historia y la literatura*, Madrid, Ediciones UAM, 2023, p. 13.

⁵⁶ “Nacimiento de Kuñá”, perteneciente a “El génesis de los Apapokuva-Guaraní”, en Bareiro Saguier, Rubén (comp.), *Literatura guaraní del Paraguay*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1980, pp. 232-233. Ñanderú-Arandú es el Adán guaraní. Kuñá es la mujer, dueña de la fecundidad.

⁵⁷ Rodríguez Alcalá, Guido, “Introducción”, *op. cit.*, pp. 13 y 24.

⁵⁸ Efraím Cardozo alude a una población inicial de 1.300.000 habitantes, de los cuales sobrevivieron 300.000, la mayoría mujeres y niños. Cardozo, Efraím, *Breve historia...*, *op. cit.*, p. 121.

⁵⁹ Chiavenato, Julio José, *Genocidio...*, *op. cit.*, pp. 169-172.

⁶⁰ Plá, Josefina, “Apuntes para una historia de la cultura paraguaya”, en *Historia edilicia de la ciudad de Asunción*, Asunción, Artes Gráficas Zamphirópolis, 1967, pp. 177-245. La página a la que hacemos mención corresponde a la separata de esta obra, p. 31.

ya que partiendo del censo de 1846 (250.000 habitantes) establece un número entre 420.000 y 450.000 habitantes para 1864, y —añade— con la guerra pereció la mitad de la población⁶¹.

Así, pues, en este contexto de pérdidas humanas masivas, sobre todo masculinas, deberán subsistir las mujeres, y estas duras circunstancias serán las que se proyectarán en la narrativa de Josefina Plá. En el cuento “Jesús menino”⁶² la autora relata la situación de desamparo en la que había quedado Asunción después de ser ocupada por las fuerzas enemigas. El paisaje urbano, la luz, el agua de los ríos, las casas, la flora, la fauna, “era el de una resignada desolación”⁶³. Aunque Josefina Plá no se detiene a ofrecer datos concretos sobre el momento o la fecha en que se desarrolla el *tempus* de la narración, puntuales comentarios nos hacen suponer que se trata de 1870. Una pista nos la da cuando refiere que “las casas, en dos años, habían envejecido décadas”⁶⁴. Otra, hace alusión a “las casas abandonadas por sus moradores en éxodo”⁶⁵. Una tercera, alude a las residencias ultrajadas por “el culatazo brutal”⁶⁶. Estas señales dan cuenta de varios acontecimientos: la evacuación de Asunción ordenada por Francisco Solano López en febrero de 1868 ante el asedio brasileño. La ocupación de la capital en enero de 1869, cuando Luís Alves de Lima e Silva, duque de Caxias y comandante del ejército de Brasil, entra en Asunción, acompañado de algunos contingentes uruguayos, mientras las fuerzas argentinas acampan en los alrededores. El saqueo y la devastación de la ciudad⁶⁷. Este acto de vandalismo será objeto de comentario por parte de Josefina Plá en su ensayo “La mujer en la plástica paraguaya”⁶⁸. En este texto, la autora expone que después del despojo las pertenencias paraguayas emigraron río Paraguay abajo a manos de los aliados: candelabros de bronce y de plata, cuadros, pianos, muebles de diversas clases y usos...⁶⁹. También en “Jesús menino” hace referencia al hecho de desvalijar las casas, para “encontrar cualquier cosa para la cual se hallaba de inmediato comprador, en tierra o si no a bordo de un barco”⁷⁰. No obstante, en el relato se pondrá el foco en la soldadesca, brasilera principalmente, y en el deseo de esta por encontrar mujeres. En un mundo mayoritariamente femenino los hombres, aunque pocos, resultan peligrosos, y de noche el riesgo aumenta: “Puñal o machete podían dejar un cuerpo tendido empapando la tierra, abiertos los ojos en vana pregunta del porqué de un cielo nocturno que no era el del fosforescente Brasil”⁷¹. Las mujeres que se hallan al paso son aquellas que van

⁶¹ Benítez Martínez, María Victoria, “Rescate del censo de 1870”, en *Última Hora*, 15 de enero de 2022.

⁶² Plá, Josefina, “Jesús menino”, en *La muralla...*, *op. cit.*, pp. 65-71.

⁶³ *Ibidem*, p. 65.

⁶⁴ *Ibidem*.

⁶⁵ *Ibidem*, p. 66.

⁶⁶ *Ibidem*.

⁶⁷ Cardozo, Efraím, *Breve historia...*, *op. cit.*, p. 118.

⁶⁸ Plá, Josefina, “La mujer en la plástica paraguaya”, en Corvalán, Graziella (comp.), *Entre el silencio y...*, *op. cit.*, pp. 355-423.

⁶⁹ *Ibidem*, p. 390. También Decoud se refiere, en “Los despojos del Paraguay en Buenos Aires”, a cómo llegaban barcos a Argentina con cargamentos de muebles y objetos de valor de lo saqueado en Paraguay y eran vendidos públicamente. Decoud, Héctor Francisco, *Sobre los escombros de la guerra. Una década de vida nacional, 1869-1880, Vol. I*, Asunción, Talleres Nacionales de H. Kraus, 1925, p. 37.

⁷⁰ Plá, Josefina, “Jesús menino”, *op. cit.*, p. 68.

⁷¹ *Ibidem*, p. 66.

a misa. Estas, de recatado porte, vestimentas más dignas que valiosas, ocultaban las caras bajo las mantillas: “difícil saber si eran jóvenes o no; imposible quizá ser joven con aquella guerra cabalgándoles sobre el alma”:

Mujeres a cuyas manos, en algunos casos, se prendían niños de delgados cuellos y ojos grandes en las caras pálidas y flacas. Ancianas escuálidas asomando sus rostros de hoja seca a las rejas; uno que otro sirviente o sirvienta mulato o indio, igualmente demacrado y esquivo. Mujeres del pueblo, de zangoloteantes trenzas; hurañas y hasta agresivas —qué importaba: había otras complacientes⁷².

Y a estas “complacientes” las hallaban los oficiales argentinos y los brasileños de noche en el teatro⁷³, “donde las francesas de Madame Blanche bailan su can-can”⁷⁴. O bien en el boliche, “donde la luz teme a los rostros, pero donde la entrada es libre y se encuentra compañera para las horas sin sueño”⁷⁵. En medio de esta soldadesca destaca la figura de un “negro” de Bahía que busca cómo encontrar dinero para que lo dejen ingresar al bar. Ahora ya no le resulta fácil colarse en las casas, pues sus dueños, regresados de los campos de batalla los hombres o del éxodo las mujeres, las han vuelto a ocupar. Él había sido uno de aquellos saqueadores. En su ebriedad recordó que en una de esas moradas abandonó entre los escombros la imagen de un querubín desprendido del marco de un espejo que se había llevado. Y volvió a por él. Pero nadie quiso adquirirlo, ni los argentinos ni los brasileños⁷⁶, “temían ya comprar cosas robadas: las órdenes al respecto eran severas”⁷⁷. Sin embargo, se encaró hacia el incierto boliche: “claror de hogueras en el suelo, de farolitos prendidos aquí y allá, al amparo de precarias carpas o armadijos de tablas. [...] En la penumbra los bultos se desplazaban, confundidos los perfiles de unos con los de otros”⁷⁸. Se tropezó con una mujer, quien barranca abajo lo llevó hasta unos arbustos. Como él no tenía dinero, a cambio de los servicios ofreció la talla de Jesús menino —“chevo o pra a boa sorte” (“lo llevo para la buena suerte”)⁷⁹—. La mujer acepta, pero el bahiano se duerme antes, y ella “con el niño apretado contra el pecho echó a subir, rápida, la cuesta”⁸⁰. En una suerte de ironía, Josefina Plá parece darle la vuelta desde la ficción a lo que difundían los

⁷² *Ibidem*.

⁷³ En el cuento se distingue entre unos y otros. De los oficiales argentinos se dice que son “estirados” y racistas, pues “no ven con buenos ojos el manchón oscuro del soldado raso, y menos el brasileño”. A los oficiales brasileños se les califica de “cortesés”, pero a quienes atrae más la cachaza (aguardiente de caña) que el propio teatro. *Ibidem*, p. 67.

⁷⁴ *Ibidem*.

⁷⁵ *Ibidem*.

⁷⁶ Como recoge María Victoria Baratta, el general Bartolomé Mitre, conocedor de los desmanes que ocurrían en Asunción, había dado la orden de no participar en el saqueo, y por esta decisión fue felicitado por el presidente Sarmiento, quien se refiere a la soldadesca brasileña como aquella que roba a sus anchas; en Buenos Aires los periódicos los calificaban como “bárbaros brasileños”. Sin embargo, estas declaraciones no fueron suficientes para eximir de responsabilidad a la República Argentina, como recoge la prensa de la época. Baratta, María Victoria, “La Guerra de la Triple Alianza: la más sangrienta de América Latina”, en *Perfil*, 5 de enero de 2019.

⁷⁷ Plá, Josefina, “Jesús menino”, *op. cit.*, p. 68.

⁷⁸ *Ibidem*, p. 69.

⁷⁹ *Ibidem*, p. 71.

⁸⁰ *Ibidem*, p. 71.

periódicos paraguayos durante la guerra, divulgando insultos contra los afrobrasileños, quienes “querían esclavizar al pueblo paraguayo y deshonorar a sus mujeres”⁸¹.

Interesante resulta que Josefina Plá en ningún momento ponga en boca de quien narra ni de ningún otro personaje el más mínimo comentario peyorativo hacia la mujer que consiente los requerimientos del soldado brasileño. No se emite ningún juicio de valor al respecto. Rita Laura Segato recuerda que las mujeres en las guerras siempre han sido tratadas como “botín”, “el objeto sexual de los soldados”⁸². En este caso, el intercambio de favores debe entenderse como una estrategia de supervivencia en aquellos tiempos de posguerra donde la gente se moría de inanición. Sin otras alternativas, las mujeres se veían abocadas a pedir limosnas y a alternar con las tropas aliadas.

En el relato “El canasto de Serapio” (1969-1980)⁸³ se insiste en proyectar el estado de indefensión en que se encontraba Paraguay tras finalizar la guerra, pero en lugar de ofrecer el heroísmo masculino y las gestas de los “grandes hombres”, la autora prefiere visibilizar el quehacer diario de las clases populares a partir del punto de vista femenino. En este texto se nos narra la historia de un grupo de seis mujeres que regresan a su lugar de origen, el pueblo de San Onofre, después de haberlo abandonado para seguir en éxodo la marcha del ejército:

La más vieja, Ña Sotera, la primera, llevando, a medias con Lucía, el sagrado bulto: la imagen de San Onofre. Inmediatamente después, Engracia, con su enorme canasto sobre la cabeza. Las otras —Librada, Lucía, Benigna, Catalina— luego, cargando cada una sobre la cabeza o al brazo sus pobres pertenencias salvadas del largo calvario⁸⁴.

Estas mujeres estarán acompañadas por el viejo Paí Conché, por el mitaí Luí, un adolescente huérfano, y por la pareja compuesta por Don Luciano —“el viejo ricacho usurero que había sobrevivido sin mucha penuria”⁸⁵—, montado en la vieja mula, y Marta, “su criada y mujer, a pie”⁸⁶. Desde el inicio, Josefina Plá perfila muy bien la labor que desempeña cada uno de estos personajes, dejando bien claro que es a las mujeres a quienes les queda la tarea de reconstruir el pueblo, ya que los hombres no están comprometidos de la misma manera. Así, mientras ellas eligen entre las casas abandonadas en cuáles vivir, privilegiando, en un acto de sororidad, el estar juntas, y rebuscan qué comer, al mismo tiempo que el mitaí se adentra entre los naranjos para conseguir fruta, Paí Conché aprovecha para echarse sobre la vegetación a dormir. Con Don Luciano no se podía contar, tampoco con su esposa Marta, su sirvienta y esclava. También desde el ensayo, nuestra autora enfatiza esta desigualdad en la corresponsabilidad:

⁸¹ Potthast, Barbara, “Algo más que heroínas...”, *op. cit.*, p. 96.

⁸² Segato, Rita Laura, *La guerra contra las mujeres*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2016, p. 63.

⁸³ Plá, Josefina, “El canasto de Serapio”, en *La muralla...*, *op. cit.*, pp. 95-104.

⁸⁴ *Ibidem*, p. 95.

⁸⁵ *Ibidem*, p. 98.

⁸⁶ *Ibidem*, p. 95.

En esa restauración o búsqueda de la normalidad al nivel de la subsistencia física, fue la mujer el agente principal. El hombre no participó en igual medida. Desde luego, su contingente útil era muy bajo, pero descontando esta circunstancia, no aplicó a la emergencia sus energías⁸⁷.

En el cuento se detiene a detallar la labor agrícola que llevaron a cabo las mujeres, cavando hectáreas, recogiendo semillas, sembrando maíz, algodón y poroto, plantando raíces de mandioca, además de pescar y cocinar. Como afirma Barbara Potthast, la verdadera contribución de la mujer a la guerra no se produjo en el campo de batalla, sino en el campo de la agricultura, aun cuando no se ha valorado como se merece⁸⁸. Y acaso por lo mismo, Rafael Barrett se refería a ellas como “las sembradoras del porvenir”⁸⁹.

De entre estas féminas destaca la presencia de Engracia, “con su enorme canasto en la cabeza”. En él porta a su hijo: “Serapio el mutilado, al cual le faltan las dos piernas”⁹⁰. Serapio Rojas era el fruto del encuentro con un “arribeño” (forastero), conocido por su afición a la guitarra y a las mujeres, “viril campeón en los pueblos que había visitado”⁹¹, quien al poco tiempo desapareció rumbo a otros lares. Engracia sobrevivió junto a su abuela paralítica haciendo chipa, y cuando su primogénito nació a él se dedicó en cuerpo y alma. Aunque era sordomudo, del padre heredó unas “facultades al parecer muy convincentes”⁹², tenía éxito con las mujeres. Según la narración, a la edad de veinte años —en 1864— fue enviado para adiestramiento al Campamento militar Cerro León y de allí al frente. Josefina Plá, tomando como pretexto la figura de Engracia, alude a las múltiples tareas que debieron ejecutar las mujeres, de este modo, tanto desde el ensayo como desde la ficción parece refrendar lo que con posterioridad apuntarán Rodríguez Alcalá y Potthast, entre otras voces⁹³, la infatigable labor de las féminas paraguayas, durante y después de la guerra:

Y siguió trabajando conforme a consignas acogidas con entusiasmo, para enviar vituallas al ejército. Vendas, o calzoncillos, o camisas de poyvy, o ponchos, o fruta, o chipa, o mandioca. Cada vez que efectuaba una entrega, Engracia se sentía feliz con la idea de que al mandarlas estaba contribuyendo también al bienestar de Serapio. Pero llegó el aciago momento en que no pudieron seguir trabajando en sus capueras; vino la orden de seguir al ejército en retirada, no sabían hacia dónde ni por cuánto tiempo. Y allá fueron: aunque ni aun arrancadas de su querido pegujal se resignaban a estar inactivas; y en cuanto la permanencia en el campamento les daba lugar a ello, se ponían a sembrar,

⁸⁷ Plá, Josefina, “La mujer en la plástica paraguaya”, *op. cit.*, p. 391.

⁸⁸ Potthast, Barbara, “Algo más que...”, *op. cit.*, p. 97.

⁸⁹ Barrett, Rafael, *El dolor...*, *op. cit.*, p. 262.

⁹⁰ Plá, Josefina, “El canasto de Serapio”, *op. cit.*, p. 96.

⁹¹ *Ibidem*.

⁹² *Ibidem*.

⁹³ Rodríguez Alcalá, Guido, “Introducción”, *op. cit.*, p. 19; Potthast, Barbara, “Algo más que...”, *op. cit.*, p. 93.

hilar, tejer. Y cuando había combate no entendían sino dos palabras: victoria y derrota; y con una u otra, muertos y heridos. Y obraban en consecuencia⁹⁴.

Engracia recuperó a su hijo en Piribebuy, pero en la acción final —sabemos que tuvo lugar el 12 de agosto de 1869— una granada le destrozó las piernas. Sobre esta batalla se ha escrito mucho, particularmente porque se trata de una de las últimas ofensivas de la guerra y el ejército paraguayo solo contaba con unos pocos soldados y un puñado de mujeres, como igualmente recreará Josefina Plá en la narrativa: “dos o tres viejos tembleques y unas cuantas criaturas”⁹⁵. Efraím Cardozo, al hacer un recuento histórico de esta contienda, subraya la violencia de los vencedores, quienes “incendiaron el hospital repleto de heridos”⁹⁶.

En este contexto sitúa Josefina Plá a Serapio, sobreviviente gracias a los cuidados de su madre, quien lo alimentaba con granos de maíz que ella misma trituraba, y con sus enaguas y tejiendo algodón le confeccionó unas vendas. Luego transportó a su vástago a costas hasta que encontró un canasto, en él acomodó a Serapio, y se lo puso sobre la cabeza. Un cesto que, como se menciona en el cuento, quizá hubiera pertenecido a “la Lynch”, refiriéndose a Madame Lynch, Elisa Alicia Lynch, la compañera del mariscal. En su retirada se toparon con las tropas brasileñas que les dieron de comer, para luego continuar su camino hasta las orillas del lago Ypoá, en el centro oeste de Paraguay. Con la guerra terminada regresan a su lugar de origen: San Onofre.

Un dato curioso es la denominación de esta localidad que, sin duda, nos hace pensar en aquel eremita y anacoreta de igual nombre que alcanzó la santidad. Si de niño conoció las riquezas, un día las abandonó para experimentar los males que agobiaban al pueblo, compartiendo alimentos, dedicándose a labores sencillas y a llevar una existencia pacífica. Como vestimenta solo tenía sus propios cabellos, de considerable longitud, hojas de palma y hierbas del desierto entretejidas. Esta figura nos hace pensar en esa peregrinación que también sufrieron las mujeres, obligadas a perderlo todo, a conocer el hambre y la enfermedad, para finalmente regresar a sus municipios, donde deberán reconstruir la sociedad que les permita igualmente vivir en paz. Algo parecido podemos señalar con respecto al nombre del protagonista, pues San Serapio (1179-1240), quien participó en las cruzadas y luego se hizo religioso mercedario, fue martirizado por los sarracenos, quienes le cortaron las extremidades.

Gran parte de “El canasto de Serapio” se centra en dar cuenta de cómo las féminas llevaron a cabo la repoblación paraguaya, esa reconstrucción demográfica que Efraím Cardozo denominó “un género de sociedad poligámica”⁹⁷, aun cuando, si hacemos caso de lo que recoge el *Diccionario de la lengua española*, más que poligamia estaríamos ante una suerte de poliginia

⁹⁴ Plá, Josefina, “El canasto de Serapio”, *op. cit.*, p. 97.

⁹⁵ *Ibidem*, p. 98.

⁹⁶ Cardozo, Efraím, *Breve historia...*, *op. cit.*, p. 119.

⁹⁷ Cardozo, Efraím, *Breve historia...*, *op. cit.*, p. 121.

—“régimen familiar en el que el hombre tiene varias esposas al mismo tiempo”⁹⁸—. Aunque en este caso el régimen familiar remite más bien a una comunidad en la que Serapio será partícipe en la gestación de varios hijos e hijas, pero las mujeres no adquieren ningún compromiso o relación estable con él, ni compiten por el reconocimiento del hombre. Además, si atendemos a lo que afirma Marcela Lagarde, que “la monogamia es uno de los nudos socioculturales que atan y reproducen la opresión de las mujeres; [...] que refuerza la propiedad masculina patriarcal de los hombres sobre las mujeres”⁹⁹, en el cuento son ellas las que rompen con ese mandato. Es más, si la monogamia “hace del erotismo de las mujeres un erotismo para el placer de otros y de las mujeres seres para los otros”¹⁰⁰, igualmente se quebranta esta imposición, al ofrecer Josefina Plá una imagen de las mujeres como sujetos deseantes y, de este modo, narra la pulsión del deseo:

Pero cuando la dolorosamente gustosa y maravillada fiebre del regreso hubo cedido un poco, a los pocos meses las mujeres empezaron a sentir extrañas añoranzas e imprecisas melancolías. A sentir que las tardes caían agobiantes de dulzor y las noches parecían llenarse de indefinibles pulsaciones de vida. Las estrellas allá arriba guiñaban picando como sal implacablemente los ojos y su titilar llovía en el corazón no sabían qué misterioso penetrante desasosiego. Ña Sotera era ya vieja. Engracia, aunque tan joven como alguna de las otras, no sentía ese desasosiego, sino bajo la forma de una constante súplica sin palabras por el hijo en el canasto. Pero Lucía, Catalina, Benigna, y sobre todo Librada, que eran tan jóvenes como Engracia o más, lo sentían en la raíz de la entraña. Sin saber cómo se volvieron irritables e imprevisibles, mostrándose a ratos encarnizadas en el trabajo y otras gritando díscolas que necesitaban descanso¹⁰¹.

A Serapio le sucedía otro tanto, “echando mano a las pantorrillas de las mujeres en cuanto rozaban el canasto”¹⁰²... “Y sucedió lo que sucedió”¹⁰³... Las mujeres se ofrecieron a cuidar a Serapio dos o tres noches a la semana, así lo hicieron Catalina, Benigna, Lucía y Librada. Se selló así un pacto de sororidad entre las mujeres, pues, como advierte Hannah Arendt, las personas se mantienen más unidas “a través de la experiencia común de un ritual secreto que por la coparticipación del mismo secreto”¹⁰⁴. Lo cual no impidió que este trascendiera “hasta convertirse en chiste picante en el que quiso cuajar el drama de aquella época arrasada de hombres” y, de esta manera, se propagó “el secreto del mutilado y del crecimiento infantil de la población”¹⁰⁵. Con el tiempo, Librada tuvo una hija, Catalina un varón, Benigna cuatro, Lucía

⁹⁸ Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, 23ª ed [versión 23.7 en línea].

⁹⁹ Lagarde y de los Ríos, Marcela, *Los cautiverios de las mujeres. Madresposas, monjas, putas, presas y locas*, Coyoacán, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005, p. 443.

¹⁰⁰ *Ibidem*, p. 227.

¹⁰¹ Plá, Josefina, “El canasto de Serapio”, *op. cit.*, p. 99.

¹⁰² *Ibidem*, p. 100.

¹⁰³ *Ibidem*.

¹⁰⁴ Arendt, Hannah, *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Taurus, 1998, p. 307.

¹⁰⁵ Plá, Josefina, “El canasto de Serapio”, *op. cit.*, pp. 101 y 103.

mellizas, las criaturas llegaron a nueve, pero “el diáfano secreto se mantuvo” entre las mujeres. El pueblo empezó a crecer y llegaron otras personas, dos parejas campesinas, un joven, un español y su hijo, dos veteranos, una madre con su hija, dos brasileños. Uno de ellos, Marcelino, convirtió el canasto en un carrito con cuatro ruedas y una manivela que el propio Serapio podía conducir y frenar. Pero este transporte permitió al joven acosar a las mujeres más fácilmente, sobre todo a Marta, a quien persigue cuesta abajo hacia el río y, desbocado, se zambulle en él, muriendo ahogado: “Omanoité” (bien muerto). En el lugar que lo sepultaron pusieron una cruz y se levantó una capilla, porque allí sucedieron varios milagros, aunque el cuento termina con cierta sorna: “realmente el milagro estaría en que Serapio hiciera milagros”¹⁰⁶.

En el relato Josefina Plá anota que este “secreto” con el tiempo formará parte del acervo común. En el entramado de este texto también se narra que Librada “desaparecía” con el mitaí Luí, quien ya contaba con dieciséis años, hasta que lo abandonó por un brasileño recién llegado que puso un boliche. Benigna entonces se dejó cortejar por Luí, a quien doblaba la edad. Creemos que historias como estas, reales o fictivas, dieron lugar a ese tópico de Paraguay como “el país de las mujeres”, y acaso por ello surgiera la consideración de que las féminas paraguayas eran “algo relajadas en su moral sexual”, tal y como anota Barbara Potthast¹⁰⁷.

El último cuento que nos ocupa es “Vaca retá” (Tierra de vacas), fechado en 1974¹⁰⁸. Como anotamos al inicio de este trabajo, fue concebido como una trilogía campesina junto con “El canasto de Serapio”, aunque el tercer miembro nunca se editó. Los personajes son los mismos que veíamos en el cuento anterior —Ña Sotera, Catalina, Engracia, Benigna, Lucía, Librada, Paí Conché y Luí, además de Don Lorenzo, que no Don Luciano, y su esposa Marta—. La narración nos sitúa después de la guerra, con el grupo ya asentado en su pueblo de origen. De Serapio se nos dice que “hace veintidós años que no dice nada. Los mismos que tiene de vida”¹⁰⁹. Una licencia en lo que respecta a la edad, pues recordemos que en “El canasto de Serapio” se afirmaba que al comenzar la guerra, en 1864, contaba con veinte años, por lo que, si tenemos en cuenta que se trata del periodo de la posguerra, Serapio al menos debería tener veintiséis años.

Diferencias aparte, el relato se inicia haciendo alusión al “mburear” (mugido) de una vaca que se oye a lo lejos. Es así como se nos ofrecen más datos sobre las narraciones que se han originado sobre este motivo. Dionisio M. González Torres, en *Folklore del Paraguay*, alude a la leyenda del Ypoá¹¹⁰, espacio que en “El canasto de Serapio” se señalaba como el lugar adonde se dirigían las mujeres. De esta zona se cuenta que cuando llueve o hay crecidas se inunda con karuguás (esteros, ciénagas) y pequeñas lagunas. Espacio lleno de misterios, con islas que aparecen y se ocultan o cambian de lugar. Se ven luces, se escuchan ruidos y desaparecen

¹⁰⁶ *Ibidem*, p. 104.

¹⁰⁷ Potthast, Barbara, “Algo más que...”, *op. cit.*, p. 100.

¹⁰⁸ Plá, Josefina, “Vaca retá”, en *La muralla...*, pp. 87-94.

¹⁰⁹ *Ibidem*, p. 87.

¹¹⁰ González Torres, Dionisio M., *Folklore del Paraguay*, Asunción, Comuneros, 1980, p. 99.

animales y personas. González Torres se pregunta si estos sonidos no serán quizá ecos del pasado, de la batalla de Itá Yvaté (Lomas Valentinas), a orillas del arroyo Pykysyry, librada entre el 21 y el 27 de diciembre de 1868¹¹¹. Josefina Plá, sin embargo, comenta que la historia es más antigua, que data incluso de antes de la guerra, pues se decía que una pareja de vacunos, cercada por las aguas, habría hecho de una supuesta ínsula su residencia y se había multiplicado con el correr del tiempo. O tenía que ver con la época de El Supremo (1814-1840), el doctor Francia, pues un hacendado escondió sus vacas para escapar del pago de los diezmos. De la misma manera, después de la Guerra Guasú la escasez y el hambre reavivaron esta leyenda.

Como habíamos visto en el cuento anterior, las mujeres están a cargo de todo: limpiar la tierra, sembrar, pescar, acondicionar las viviendas y atender la capilla. En relación a esto último de es, se hace mención a que durante esa etapa —se refiere a los primeros años de la posguerra, sin precisar— “no había venido un paí (sacerdote) [...], muchos habían muerto durante la guerra”¹¹². Efraím Cardozo aporta al respecto una información importante. Al principio del conflicto bélico el clero estaba compuesto por más de cien sacerdotes, todos ellos paraguayos, diecisiete capellanes murieron en los campos de batallas, donde realizaban diferentes tareas: dar la extremaunción, actuar como enfermeros, camilleros, sepultureros; los más ancianos se quedaron en la retaguardia dirigiendo los trabajos de agricultura para mantener al ejército. No solo sufrieron penurias como el resto de la población, sino también fueron objeto de la ira del mariscal López, quien en San Fernando ajustició al Obispo Manuel Antonio Palacios, además de fusilar o lancear a no menos de veintitrés sacerdotes¹¹³. Esto explica que resultara difícil encontrar un paí que administrara los sacramentos y oficiara la misa.

En medio de todas las dificultades, el *leitmotiv* de las vacas se convierte en obsesión, no solo para las mujeres, sino sobre todo para Paí Conché, quien descuidando sus labores de “pescador titular”, desaparece en pos de la vaquillona. Como no regresaba, las mujeres salieron en su búsqueda. Lo encontraron hundido en el estero:

Las mujeres chapotearon, se hundieron hasta el cuello; renegaron, sudaron, se cubrieron de barro las caras al espantarse los mosquitos. La balsita de tacuaras [bambú] atadas con ysyó [bejuco] que se había fabricado Paí Conché durante sus misteriosas desapariciones, se había hendido en el centro, y el viejo había quedado atrapado en ella, más arriba de la cintura; le vino a quedar como caprichoso miriñaque, del cual no podía desprenderse, porque ni podía afirmar los pies en la ciénaga para sacársela ni tampoco hacerlo por la cabeza. Liberar a Paí Conché de esta improvisada pollera fue lo que más costó. Casi completamente desnudo, el viejo había sido pasto de las sanguijuelas. También las mujeres habían hecho acopio de ellas. El mitaí desvergonzado juntó también su cuota¹¹⁴.

¹¹¹ *Ibidem*.

¹¹² Plá, Josefina, “Vaca retá”, en *La muralla...*, op. cit., p. 90.

¹¹³ Cardozo, Efraím, *Apuntes de historia cultural del Paraguay*, Asunción, Universidad Católica, 1985, p. 282.

¹¹⁴ Plá, Josefina, “Vaca retá”, en *La muralla...*, op. cit., p. 94.

Rescatado Paí Conché nunca más volvió a moverse de la hamaca de la vieja Ña Sotera, quien, “cristiana ella, no se la reclamaba, y aceptó dormir en el suelo”¹¹⁵. Una vez más, las mujeres asumirán todas las faenas, incluidas las que debía realizar Paí Conché. Por tanto, con este final, Josefina Plá vuelve a enfatizar que las responsabilidades no son compartidas ni asumidas por igual. Se produce un desequilibrio en el reparto de tareas y toma de decisiones entre mujeres y hombres. Así, mientras ellas trabajan infatigablemente para mejorar la calidad de vida en pro del bien común, Paí Conché, ya sin otro menester, seguirá fantaseando con el mburear de la vaca hasta que murió.

4. A manera de colofón

Como hemos comentado a lo largo de estas páginas, Josefina Plá proyecta en su narrativa el estado de indefensión en que se encontraba Paraguay tras finalizar la guerra contra la Triple Alianza; sin embargo, en lugar de recrear las gestas de los “grandes hombres”, prefiere visibilizar el quehacer diario de las clases populares a partir de privilegiar el punto de vista femenino. En este sentido, su escritura aporta una perspectiva histórica, una dimensión social que enriquece lo estrictamente literario.

Esto ha hecho que la crítica —tal es el caso de José-Luis Appleyard— refiera que su persistencia en indagar la realidad es más bien “un mirar hacia [el] fondo de las cosas y de las almas para ofrecer no un himno a la belleza ni a la felicidad, sino a la vida misma, con sus más sombras que luces”¹¹⁶. No son, pues, aquellas heroínas que se destacaron por sus acciones guerreras junto a los hombres las que interesan a Josefina Plá; más bien son esas otras, las *combatientes* en el acontecer cotidiano, las mujeres del pueblo que asumieron la inmensa tarea de reconstruir la sociedad y la economía paraguaya. Ellas son principio y parte de una epopeya increíble. Ellas son las sembradoras del porvenir.

¹¹⁵ *Ibidem*.

¹¹⁶ Appleyard, José-Luis, “Breve pórtico”, en Plá, Josefina, *La pierna de Severina*, Asunción, El Lector, p. 3.